Novena, día 3º

***DÍA 17:*****María, maestra en la fe**

***Laudes***

**motivación -** *(Ambientar con lámparas encendidas y el icono de la anunciación)*

Uno de los mayores problemas del cristiano de hoy es la separación que hace entre fe y vida. De allí resulta la falta de testimonio y compromiso que tanto nos reprocha la gente de este tiempo.

En María, estos dos puntos se tocan. Ella es capaz de integrar la fe con la vida, por eso es reconocida en la Iglesia como modelo extraordinario en la fe.

Por la fe, María abre su interior a la Palabra de Dios, la acoge y deja que la fuerza dinamizadora de esta palabra obre en ella. María confía fuertemente en Dios que le habla; y porque confía es capaz de responder afirmativamente en la Anunciación, engendrando así por su fe y obediencia al mismo Hijo del Padre. “Lo atado por Eva con su incredulidad, fue desatado por María mediante la fe”.

La fe de María es fe probada en la persecución, la huida y el exilio. Es fe grande, es fe fuerte. Es fe que la impulsa a subir al calvario donde la obra de la redención alcanza su culminación; donde Cristo se ofrece a Dios para la salvación de todos; y donde María, sufriendo profundamente con su Hijo, se asocia al sacrificio de la cruz.

Por su fe, María es la virgen fiel en quien se cumple la bienaventuranza mayor; “feliz tú que has creído”.

La fe de María es fe decidida. Es fe que pone a los seres humanos al servicio de Jesús, diciéndoles: “Haced lo que Él os diga”. Es fe que suscita la fe en los demás, como en Caná donde los apóstoles “creyeron en Él” a través del milagro propiciado por María.

María es y será nuestro modelo en la fe; nuestra maestra en la fe, porque ella escuchó la palabra de Dios, creyó en ella y la puso en práctica. Ella nos enseña cómo vivir la fe, cómo hacer de la fe vida. Ella nos enseña a confiar más allá de toda duda, de todo dolor, en el amor misericordioso de Dios. Ella conoce el profundo valor de la fe; la riqueza que es ésta para el ser humano; por eso la defiende y la protege en el que está a punto de perderla, y nos enseña a hacer lo mismo. De ella aprendemos, cómo la fe puede transformar el corazón más duro. La fe de María se traduce en gestos de salida, de arrojo, de audacia que la lleva a encarnar y defender la vida de Jesús, la vida de la humanidad que nace renovada en el Hijo.

Que en este día tercero de la novena, María arranque del hijo la fe que necesitamos para creer junto a los que ya no creen o les cuesta seguir creyendo.

**Canto:** “Aumenta mi fe” de Salomé Arricibita *(u otro adecuado)*

**Salmo de gratitud a maría** *(se puede tomar además algún salmo del día)*

Te doy gracias, María,

porque te atreviste a tomar la vida

con las dos manos.

Gracias porque fuiste valiente,

gracias por no tener miedo,

gracias por fiarte del Dios de la vida

que te estaba llenando

del mismo Dios que venía,

gracias por no quitarte nada,

sino por hacerte más mujer.

 Señor, en María, una de nosotras,

has mostrado tu rostro.

¡Qué poder tan revelador

el de tu llamada!

¡Qué lucidez despierta en nosotras

el paso silencioso de tu mirada!

¡Qué valor das con tu presencia

a todo lo nuestro!

Nos haces protagonistas de la historia,

nos tomas en serio.

María, tú eres un ser humano,

como nosotros.

Un ser humano,

completamente abierto,

abierto de par en par,

limpio para la acogida.

Te has puesto en manos de Dios

de forma audaz, sin límites,

sin temor a tu propio destino.

María, eres una mujer que escucha y ora.

Todo tu ser se mantiene despierto, atento a las múltiples y tenues llamadas del Dios vivo.

María de Nazaret, cantadora del *Magnificat*, servidora de Isabel, madre de merced:

¡quédate también con nosotras,

que está por llegar el Reino!

Quédate con nosotras, María,

con la humildad de tu fe,

capaz de acoger la gracia;

quédate con nosotras con el Espíritu

que te fecundaba la carne y el corazón.

El mundo se ahoga en el mar del ruido

y no es posible amar a los hermanos y hermanas sin un corazón callado y atento.

Haznos comprender que el servicio

sin silencio es alienación,

y que el silencio sin entrega es comodidad. Envuélvenos en el manto de tu silencio

y comunícanos la fuerza de tu Fe, la altura de tu Esperanza, y la profundidad de tu Amor”.

**Lectura:** Lc 1,26ss. (La anunciación)

**Reflexión**

“María contestó: Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”.

Hágase. Y la Palabra se hizo carne en la tierra de María.

Hágase. Y en el mundo se hizo espacio al rostro de Dios plasmado en una mujer.

Hágase. Y, en María, lo femenino se convirtió en lugar de encuentro de autocomunicación de Dios en el mundo.

Hágase. Y apareció en todo su esplendor la acogida y la entrega, la sensibilidad para captar el misterio de Dios y la ternura en el ser humano.

Hágase. Y María entabló un diálogo íntimo con la palabra, la guardó en el corazón; gracias a María la fe echó raíces profundas en la condición humana y la puso en camino al encuentro con la humanidad.

**Palabra de la Iglesia:** “María ha pronunciado este fiat por medio de la fe. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo. Y este Hijo... lo ha concebido en la mente antes que en el seno: precisamente por medio de la fe” (R.M, 13).

**Compromiso:** Abre tu casa para que sea lugar de acogida. Sé sensible a la vida y a todo lo que tiene vida. Acompaña a los pequeños. Escucha con oídos atentos la experiencia de los otros. Ante las sorpresas de Dios, ante su Palabra, di siempre: “Hágase, aquí estoy”.

*MARÍA, MAESTRA EN LA FE, AYUDANOS A CREER OBRANDO, A DECIR SÍ A DIOS, SÍ A LA VIDA, SÍ AL ENCUENTRO, SÍ A LAS VICTIMAS DE TODA LA TIERRA.*

**Canto:** “Hágase en mí” de Glenda *(u otro adecuado)*

**Peticiones**

María, Maestra en la fe, tú que nos revelas que las promesas de Dios se han cumplido a pesar de todo, y que decir fe es hablar de una experiencia con Alguien y de la certeza que toda la humanidad se mueve y existe en Él… Te pedimos:

 *“Enséñanos a esperar contigo Madre el tiempo Nuevo. Anima nuestra pobre fe”*

María, peregrina de la fe, tú que nos regalas ojos nuevos ante un mundo en el que las experiencias de muerte parecen situarnos en los confines del sentido y de la nada. Tú que nos dices, que no puede llamarse fe un porvenir ausente de Dios. Te pedimos:

*“Enséñanos tu fe confiada y tu fortaleza al pie de la cruz”*

María, tú que nos enseñas que la fe no es otra que la de un amor ardiente que tiene hambre de la presencia del Señor como único Salvador y Redentor, ayúdanos a clamar toda nuestra vida:

*“!Ven Señor Jesús!”*

- María, tú que nos enseñas que decir ¡Ven Señor Jesús! Es vivir nuestra virginidad y maternidad en virtud de todos aquellos que desean ver y contemplar el rostro del Señor, especialmente los pobres, los humildes y los sencillos. Te pedimos:

*“Enséñanos a ser verdaderas discípulas de tu Hijo para acompañar este proceso de la Nueva Humanidad desde una entrega creyente y desde un amor sin condiciones”.*

**Oración final**

María, **mujer de la escucha**, abre nuestros oídos; haz que sepamos escuchar la Palabra de tu Hijo Jesús entre las mil palabras de este mundo; haz que sepamos escuchar la realidad en la que vivimos, cada persona que encontramos, especialmente aquella que es pobre, necesitada, en dificultad.

María, **mujer de la decisión**, ilumina nuestra mente y nuestro corazón, para que sepamos responder a la Palabra de tu Hijo Jesús, sin titubeos; danos el coraje de la decisión, de no dejarnos arrastrar para que otros orienten nuestra vida.

María, **mujer de la acción**, haz que nuestras manos y nuestros pies se muevan “de prisa” hacia los otros, para llevar la caridad y el amor de tu Hijo Jesús, para llevar, como tú, la luz del Evangelio en el mundo. Amén.

*(Papa Francisco 31/05/2013)*

**Vísperas**

**motivación**

Con el relato de la anunciación que meditábamos esta mañana, podemos decir algo más. El Evangelista Lucas narra la vivencia de María a través de un paralelismo con la de Abraham. Pues, así como el gran Patriarca es el padre de los creyentes, que respondió al llamado de Dios a dejar la tierra en que vivía y sus seguridades, para iniciar el camino hacia una tierra desconocida y que poseía sólo en la promesa divina, también María se entrega con la plena confianza a la palabra, que le anuncia el mensajero de Dios y se vuelve modelo y madre de todos los creyentes.

El camino de fe de Abraham comprende el momento de la alegría por el don de su hijo Isaac, pero también el momento de oscuridad, cuando tiene que ir al monte Moriah para cumplir un gesto paradójico: Dios le pide que sacrifique a su hijo, que acaba de darle . En la montaña, el ángel le ordena: "No pongas tu mano sobre el muchacho ni le hagas ningún daño. Ahora sé que temes a Dios, porque no me has negado ni siquiera a tu hijo único". (Gén 22,12).

La plena confianza en Dios de Abraham fiel a las promesas existe incluso cuando su palabra es misteriosa y difícil, casi imposible de comprender. Lo mismo sucede con María, su fe vive la alegría de la Anunciación, pero también pasa a través de la oscuridad de la crucifixión del Hijo, para poder llegar hasta la luz de la Resurrección.

No es diferente para el camino de fe de cada uno de nosotros: encuentra momentos de luz, pero también pasajes en los que Dios parece ausente, su silencio pesa en nuestro corazón y su voluntad no se corresponde con la nuestra, con lo que quisiéramos.

Pero cuanto más nos abrimos a Dios, más acogemos el don de la fe, ponemos por completo en Él nuestra confianza - como Abraham y como María - más Él nos hace capaces con su presencia, para vivir cada situación de la vida en paz y en la certeza de su lealtad y su amor. Pero esto significa salir de sí mismos, de nuestros propios proyectos, para que la Palabra de Dios sea la lámpara que guíe nuestros pensamientos y nuestras acciones… (*Benedicto XVI, extracto de la catequesis del 20/12/12*)

**Canto:** “Aumenta mi fe” *(u otro adecuado)*

**Salmo del sí** *(se puede tomar además algún salmo del día)*

**Antífona:** *Oh mi Dios, crea en mí, crea en mi un corazón puro.*

 *Renuévame por dentro con espíritu firme.*

Padre Nuestro, que siempre dices “Sí”

a los deseos de hacer el bien

que emanan de tu corazón de Dios.

Dijiste “Sí” a la vida en tu mismo seno

y engendraste al Hijo, que unió su “Sí” de amor

al tuyo en ese inefable diálogo divino

que llamamos Espíritu Santo.

Te asomaste hacia fuera y dijiste “sí” al mundo. Con tu acto resolutivo hiciste la luz, el cielo,

el aire, los animales que nadan, que andan

y que vuelan, las hierbas y los bosques.

Dijiste “hagamos” a la mujer y al varón y surgió, entre tus brazos,

un ser hecho a tu imagen y semejanza.

A tu “Sí” creador, acto de amor,

Padre nuestro, has querido que María,

y con ella, también nosotras respondamos “Sí”, para que lleguemos a ser

lo que tú quieres de nosotras.

Recordamos, con pena, que Adán y Eva

no quisieron decir “Sí”, y con ellos tantas generaciones hasta hoy.

En contra de tu “Sí”, Padre, resuena nuestro “no” y tiemblan los árboles,

se caen sus frutos, se corrompen las aguas,

se contamina el aire:

todo es distinto de lo previsto.

Pero, te alabamos, también, con alegría,

porque en algunas ocasiones y algunas gentes han sido capaces de decirte un “Sí” creyente.

Con qué gusto recordamos al pueblo del Sinaí, cuando, proclamada tu Alianza, te respondieron

a coro: “Haremos todo lo que tú nos has dicho”.

También te dijeron “Sí” los patriarcas,

sobre todo Abraham, el padre de los creyentes,

el hombre afirmativo por excelencia.

Y el “sí” de los profetas, de Isaías, Jeremías, Amos, Oseas, Ezequiel y tantos otros.

De entre los humanos que han respondido afirmativamente a tu Palabra,

ponemos en primer lugar a Jesús,

para quien su comida consistía

en decir “sí” a lo que tú querías.

El nació del “Sí” de MARIA, que ante el anuncio, confusa y desconcertada, no dudó en dar su asentimiento a tu Palabra: “He aquí la esclava, hágase en mi según tu Palabra”.

Cuando resonó su “Sí” creyente,

ella se llenó de gozo, engendró la Vida,

sembró la esperanza por doquier,

expandió tu Gloria como un resplandor

en la noche, sonó por todo el universo

la Buena Noticia de la Liberación.

**Antífona:** *Madre de los creyentes que siempre fuiste fiel danos tu confianza, danos tu fe.*

Le alabamos a ella: la dichosa, la bienaventurada porque ha creído, la que todas las generaciones llamaron “feliz” y bendecirán

el fruto de su vientre.

No es María “dichosa”, Padre, porque engendró y amamantó la Luz, sino “porque escuchó

tu Palabra y la puso por obra”.

Los que dicen “sí” son los que pertenecen

a la comunidad de Jesús:

 “estos son mi madre y mis hermanos”.

Ella en medio de la tormenta de la vida,

de la oscuridad de la fe y la contradicción

del Hijo, se mantuvo fiel, porque su “sí” era firme, edificó su casa sobre roca.

De esta Madre es hijo Jesús,

en esta escuela se formó Jesús, así, como ella,

de un modo eminente, vivió la fe, Jesús,

hasta el momento mismo de su muerte:

“No se haga lo que yo quiero, Padre, le decía, sino lo que quieres tú”.

**Antífona:** *Enséñame a seguir tus sendas, Señor, indícame mi Dios tus caminos.*

Esta alabanza, Padre,

que hemos proclamado en tu honor,

y porque te queremos, la finalizamos diciéndote, como siempre y para siempre: SÍ, AMEN, ASI SEA.

*(Jesús Burgaleta)*

**Lectura:** Heb 11,8ss.

**Reflexión**

Recorremos el camino de la fe con María. Celebramos su gozo y el nuestro. En ella se manifiesta la ternura entrañable de nuestro Padre Dios, se dibuja la humanidad nueva inaugurada por Jesús, y se estrena cada día el canto nuevo del Espíritu. María acoge el dolor y el gozo de nuestro mundo, alienta todas las esperanzas. María nos hace familia, nos abre su hogar. Por su maternidad, su historia es la nuestra, su camino el nuestro, su pascua la nuestra, su fe sostiene la nuestra y recorre con nosotros caminos de liberación.

Con María, la sencilla, la pobre, la humilde, la fiel.

La Virgen que se puso prontamente en camino a casa de su prima Isabel para prestarle su servicio.

La Virgen del nacimiento, de la huida a Egipto, de la presentación del niño en el Templo.

Con María la Virgen de la búsqueda del Niño; de la vida escondida de Nazaret en compañía de José y el Niño.

Con María, la Madre de Jesús en su ministerio apostólico, la que intercede en las bodas de Cana, la que escucha la Palabra, la guarda y la realiza; la que ofrece a Cristo al Padre en la cruz.

Con María, la de Pentecostés; la Virgen de la espera creyente, la que acompaña nuestra peregrinación por los caminos de la fe, renovamos nuestra adhesión a Jesús.

**Canto:** “Creo” de Salomé Arricibita *(u otro adecuado)*

**Peticiones:** (la letra en negrita recitamos juntas)

**Con María avanzamos como peregrinas de la fe, en busca de la luz.**

María, mujer de fe, que viviste siempre abierta a Dios. Peregrina de la fe a lo largo de toda tu vida. Madre a quien podemos acudir con toda confianza… *Ruega por nosotras*

**Con María recorremos el camino de la esperanza que pone música en el corazón.**

María, que esperaste confiada el reino de tu Hijo. Madre del tiempo nuevo, danos esperanza. Fuente y vida nuestra, llévanos a Jesús. *Ruega por nosotras*

**Con María recorremos el camino de amor que se hace encuentro, cercanía, solidaridad.**

María, servidora de Dios y de los hombres. Madre de la humanidad nueva, enséñanos a amar. Madre de los pobres, que ofreces tu ternura a los más débiles. *Ruega por nosotras*

**Oración final**

Dios del Amor y de la misericordia infinita, Tú que has hecho de María una joven de nuestro pueblo, la mujer universal, la Madre de la Humanidad y de la Iglesia, la primera discípula y la que recorre con tu pueblo los incansables caminos de la fe; concédenos por su intercesión, ser mercedarias de la caridad universales, que no haya fronteras que no deseemos traspasar ni dificultades que no seamos capaces de vencer, que no haya injusticias que no sepamos denunciar y que no haya heridas que no deseemos curar, lágrimas que no alcancemos a enjugar… Que todas las razas y pueblos de la tierra reciban la ofrenda de nuestra caridad redentora. Y que nuestra presencia entre los más desvalidos, dé siempre razones para seguir creyendo, esperando y amando. Te lo pedimos por Jesucristo, Nuestro Señor.